

ERNESTO HERRERA

El café conocido entre la gente de arte por «Los Inmortales», es el lugar obligado de peregrinación para todo bohemio más ó menos real que dé con su persona en Buenos Aires. Por esto Ernesto Herrera, que es un empedernido discípulo de Murger, no dejó de visitar el célebre café bonaerense cuando pasó de Montevideo en viaje á lo desconocido.

Una tarde, cuando ya los faroles de la ciudad empiezan á bordar las calles de puntos luminosos, *nuestro introductor de embajadores*, como llamábamos á un señor muy rico, muy extravagante y generoso, que era el perpetuo *paganini* de nuestras calaveradas gastronómicas, tropezó conmigo en la esquina de las calles Artes y Corrientes y tomándome familiarmente del brazo me llevó al café para presentarme á sus últimas amistades del día, tres poetas uruguayos que me andaban buscando: Alberto Lasplaces, Julio Lista y Ernesto Herrera. Era éste un muchacho endeble y temblón como un viejo, atacado de asma y pálido como un moribundo. Pertenecían los tres á la redacción de la revista *Bohemia*, recién aparecida y que á juzgar por el recibimiento del público y los inteligentes, se abriría camino en Montevideo.

Ernesto Herrera se iba, no sabía dónde, pero él quería correr mundo. La baratura y abundancia de las naranjas y los plátanos en el Paraguay, le atraía, pero bastó mi insinuación de partir para Europa para que se decidiera sin más.

...Y partimos para Barcelona. La benevolencia del capitán no le dejó llegar más que á Santos (Brasil). Pero él llegará; me ha escrito ya desde Lisboa.

Unase esta voluntad de hierro que consigue vencer hasta los ataques más furiosos de su enfermedad, á un cerebro lúcido, pródigo y original, enciérrese todo esto en un alma grande y aventurera y se tendrá á Herrera.

Parece que la Naturaleza se complace en dotar de un ingenio especial á los que sus caprichos diéronles una figura lastimosa, como para vengarse de la lástima ó

la burla de sus semejantes. Este ingenio tiene Ernesto Herrera.

No es un satírico burlesco, su pluma tiene el filo de una daga florentina; en sus labios secos y afebrados, una sonrisa sarcástica juguetea y hay en sus ojos un brillo extraño de superioridad. Me hace pensar en esos padres que sonriendo familiarmente reprenden las diabluras de sus hijos con pellizcos disimulados.

Sus pseudónimos de «R. Herita» y «Ginesillo de Pasamonte», son bien conocidos de Montevideo, donde ha colaborado en importantes publicaciones como los diarios *La Tribuna Popular*, *La Razón*, *La Racha* y *Rivera*.

Tiene cuentos hermosos, hechos con el alma en la pluma, como «La reina mora», «El pastel de pavo» y otros.

En la poesía, aparte de sus sátiras hirientes, llenas de hiel, Herrera se hace notar por el sentimiento que pone en ella, como si su corazón arrancase la mole de hielo que parece aprisionarlo, y estallase en llanto. Así en «Avecilla»:

¡Avecilla, pequeña avecilla
que cruzáis los espacios volando,
sin proyectos de nidos futuros,
sin nostalgias de nidos dejados!...

¡Avecilla, pequeña avecilla
de obscuro plumaje, de pico dorado,
incansable bohemia del cielo,
como yo peregrina y errante!...

¡Escucha, avecilla,
mi triste mensaje!
Me ha pedido que cante á sus gracias
la bella princesa, la ingrata adorada,
me ha pedido unos cantos de amores
llenos de poesía,
llenos de esperanza...
¡Cómo supe escribirlos otrora
poniendo en sus versos
pedazos del alma!

Admirador de España, más que un hijo de esta tierra,
tiene un hermoso soneto que termina:

¡Y dicen que decaes! y dicen que agobiada
por tus enormes glorias, mañana serás nada...
¡Tú, astro que á la izquierda colocaste al sol!

¡Imbéciles! No saben que en la paz y en la guerra
España será grande, mientras laya en la tierra
un corazón hidalgo latiendo en español.

Filósofo también, Ernesto Herrera tiene páginas admirables como «El deber», «Las dos ofrendas», «Ladridos», «Fecundidad», «Y dijo el cóndor:» y «Vidas paralelas».

Desordenado por temperamento, este poeta no se ha ocupado en recoger el fruto de su siembra. Sus producciones andan por ahí en revistas y periódicos importantes ó ínfimos y él también anda así por el mundo empujado por una vitalidad incomprensible y por un afán de movimiento verdaderamente admirable.

En una carta que acaba de llegarme, se me dice que se ha estrenado con éxito en un teatro de Buenos Aires, una comedia de Herrera, que éste abandonará á un empresario para partir conmigo á la conquista de Europa. Pienso en estas cosas de la vida: mientras en Buenos Aires se aplaude la obra de un hombre, en Lisboa, en lucha encarnizada con la miseria, su autor llorará por una hora de gloria.

P. LOPEZ CAMPAÑA

La crítica de hoy no merece ni sombra de respeto, sabiendo de memoria que ella no es más que una reciprocidad entre los *maestros*, una adulonería de los principiantes hacia ellos y en general un cambio de cortesías basamentadas en el mutuo temor. Se simulan triunfos verídicos en los campos intelectuales, pero si se conocieran los medios empleados, pronto la verdad nos demostraría que no son más que vergonzosas trapisondas ocultas entre los pliegues de una reciprocidad profesional nacida del temor á la anulación por la venganza, que es más ruin en estos casos en que los autores son gentes que tienen la pretensión de ilustrar. La crítica en la actualidad tiene dos fases: ó se ataca por miedo á la sombra ó se ensalza por temor á la venganza; el análisis desapasionado está desterrado desde hace mucho tiempo y sólo se hace ahora con los muertos á quienes se quiere colocar en su lugar por justicia. La *claque* no es extraña muchas veces al triunfo de muchos intelectuales que, como los *clowns* de ferias, han sabido granjearse las simpatías de un público que todavía aplaude las contorsiones de los arlequines y se baba ante los escamoteos de los prestidigitadores, de esos intelectuales que, como los cometas—á los cuales Flammarion llama los «barrenderos del cielo»,—pasan por el firmamento de la vida alarmando á las buenas gentes, á la sencilla gente que no sabe apreciar los elementos que componen la magna cola que arrastran, pero que después de desaparecer tras una existencia efímera, dejan á los astros con su hermosura perenne y saludable que no alarman á nadie porque sus luces son propias.

Los «buenos» son los que obtienen los verdaderos triunfos, que no son momentáneos ni ruidosos como la admiración que causan los cometas, pero son eternos y dejan sentir su influencia á través del tiempo y de las cosas, como esa luz á la que estamos acostumbrados pero que á pesar de esto siempre agradecemos y cantamos,

porque es la única que nos embellece la existencia, nos madura los frutos, nos inspira la mente y nos fortalece.

* * *

Al abrir el último libro de López Campaña, «Fanfarría de prejuicios», y leer sus *Dos palabras* que á guisa de prólogo antecede á su colección de cuentos y crónicas, se me ha ocurrido la anterior digresión. No es que López Campaña sea un *cometa*, ni un *maestro*, ni un *principiante*, ni un *bueno*, sino porque ese prólogo es el gesto de un escritor sincero y honrado ante esa crítica barriletera de los periódicos, de la que hay mucho malo que decir, en especial de la española—y conste que yo todavía no he estado en caso de que de mí se ocurra ni bien ni mal.

Efectivamente, es muy aventurado afirmar ante el libro de un nuevo que *esa será su primera y última obra literaria*, pues la experiencia enseña muchas cosas y la historia nos presenta muchos casos de malos principiantes que fueron genios. «Nervosismos», que es la obra á que se refiere la peregrina afirmación del crítico, pudo haber sido una obra muy mala, pero López Campaña ha demostrado que es capaz de hacer alguna cosa mejor. «Fanfarría de prejuicios», que debió aparecer bajo el título de «Muecas humanas», así nos lo prueba elocuentemente. Es esta obra una hermosa colección de apuntes sinceros de la vida, algunos presentados bajo la forma de cuentos sencillos, reales, llenos de colorido y sabor local, otros tejidos en la malla de la crónica, otros así... escuetamente, que su autor denomina «Ideas sueltas».

En muchas de estas observaciones, indudablemente se nota demasiado su proselitismo sociológico, como en «Los reos», en el que hay, sin embargo, mucha belleza descriptiva y es, más que todo, una viril protesta *contra el crimen que las modernas democracias han inscripto en sus códigos de gobierno, como resabio añejo de edades de barbarie, cuando la fuerza brutal era la única ley que regulaba las propulsiones colectivas de las multitudes esclavas*. En «Sólo por un beso», López Campaña da muestras de ser un exquisito cuentista y un hábil manejador del diálogo, cualidad que se robustece en «Dualismo» y los demás cuentos del libro, lo que me hace creer que si cultivara el género, llegaría á mucho.

La prosa de este joven escritor uruguayo es robusta, valiente y florida á pesar de la influencia que la labor

periodística ha ejercido en él; sus observaciones son sinceras y están llenas de la dura realidad de la vida, por lo que su obra literaria se hace altamente simpática.

Ha dirigido algunos periódicos en la República Oriental, ha pertenecido á varias redacciones importantes de Buenos Aires y Montevideo; es colaborador asiduo en varias revistas de arte; anuncia *Desde el «Patagonia»* (Memorias íntimas de un aprendiz artillero), y tiene en carpeta la novela *Mar de fondo*, otra colección de cuentos que se titulará *En el jardín de las mentiras*, un drama: *Hacia el porvenir* y prepara un capítulo de sociología americana sobre su patria, en la cual promete estudiar sus factores de evolución é involución.

ALBERTO LASPLACES

La misma noche que nuestro *introduccionista de embajadores* me llevó al café de «Los Inmortales» para presentarme á Ernesto Herrera, como digo ya en el capítulo que le dedico, conocí á Alberto Lasplaces, poeta enamorado de sí mismo, de sus versos y de la literatura francesa. Venía de Montevideo con el director de la revista *Bohemia* para probar fortuna en Buenos Aires, á cuyo público intentaban conquistar para su quincenario. La noche no se prestó más que á la alegría, pero en medio de ella, frente á unas copas de *caña de la Habana*, Lasplaces recitó algunas de sus poesías que me entusiasmaron; pero como no es posible juzgar á un poeta por el recitado de un soneto cuando el alcohol inclina á la benevolencia ó á la admiración, procuré leerle y entonces tuve la convicción de que este nuevo luchador que se lanzaba á la conquista de la gloria con un bagaje combativo compuesto de no sé cuantos cientos de sonetos inéditos, tenía, por sus propios méritos, que vencer en la divina lid, si no como muchos, tenía la fortaleza de alma para encararse con la vida y la resistencia de corazón para trepar hacia la excelsa cumbre sin mirar atrás. Su decisión de hacerlo así, está en «La ambición eterna»:

¡Ser algo más!; y siempre la aspiración punzante
que me empuja hacia ignotos confines... y además
esa voz que me grita:—Peregrino, ¡adelante!
¡no duermas sobre lauros, debes ser algo más!

¡Algo más!; y no puedo probar la refrescante
agua del viejo pozo, ni mirar hacia atrás.
Y siempre con los ojos puestos en la radiante
cima, á la cual comprendo no llegaré jamás!

Su musa joven y alegre como él, con esa sana alegría de los que tienen las venas rebosantes de savia vital, le incita á cantar á plenos pulmones como un robusto pescador familiarizado con la turbulencia de las olas que

juguetean con su barquilla osada, por eso sus versos no tienen ni la pesada magnificencia de las montañas, ni la enfermiza delicadeza de un rayo lunar; tienen, sí, la pompa de las mañanas primaverales llenas de sol y de gorjeos, embriagadas en la radiante luz del astropadre que es eterna esperanza de los jóvenes. El no tiene pesadumbres, él no ha sufrido dolores de esos que emponzoñan la vida, él no conoce fantasmas de ninguna especie... valiente sin temeridades quijotescas, seguro de sí mismo sin pedanterías, con la cabeza luminosa y el corazón rebosante de vitalidad, Alberto Lasplaces siente la alegría de la existencia y por eso sus poesías cumplen una misión gloriosa y humana.

Los poetas, que son los hijos predilectos de Natura, siempre han sido, hasta ahora, que bardos del temple de Lasplaces la reivindicaban, sus eternos y más encarnizados enemigos y detractores; han pagado los dones de la vida con la ingratitud de los hijos desnaturalizados, secundando así la maléfica obra de las religiones que procuran asesinarla para apoderarse con más facilidad del mundo. Lasplaces, agradecido como un buen hijo á la eterna madre, canta á «La gloria de la vida», que es una «incitación á pecar» y en la cual hay bellezas y valentías:

El pecado es el goce supremo de la vida.
Primavera que es joven y bella y atrevida,
vuelca sangre que hierve y palpita en las venas,
y en los pechos ansiosos que de alegría inunda,
del amor la semilla prodigiosa y fecunda
como en surcos divinos arroja á manos llenas.

El pecado es el semen de la vida triunfante.
... ..

El pecado es la vida, y el espasmo y el goce.
Desdichado mil veces aquel que no conoce
las voluptuosidades divinas del pecado;
... ..

El pecado es milagro y es connubio divino;
por las venas galopa como embriagante vino,
y es prodigio y deseo y es entusiasmo y siembra,
y es polen y es ovario y es estigma en las flores,
y es en los ardorosos y animales amores
el soberano abrazo del macho y de la hembra!
... ..

Peca, pues, rubia niña que ignoras el pecado;
tu cuerpo blanco y fresco que nunca sea vedado
al abrazo divino que es la ciencia escondida,
y concibe gloriosa si es que vivir deseas,
desdeñando á las torpes vírgenes galileas:
místicas insexuales que aborrecen la vida!

Este pequeño poema, el cual es digno de ser reproducido íntegro, resume el alma de este poeta que ni ha llegado al extremo místico á fuer de pudoroso ni al del vicio á fuer de amoral. Este himno al pecado, que, como él dice, es la vida en sí, fortalece el espíritu cristianizado que nos han legado nuestros abuelos y nos hace el efecto de un reconfortable baño.

Su trilogía «Los bárbaros», en la cual canta á Nietzsche, Ibsen y Gorki, los más genuinos intérpretes ó profundizadores modernos de la vida, es una demostración más de que Lasplacas es el verdadero poeta exigido por los tiempos presentes para preparar á los hombres para el futuro que se anuncia ya con auroras de sangre en el horizonte del Siglo.

Prepara un libro de sonetos que ha anunciado con el título de «Musas hermanas».

AURELIO DEL HEBRON

Si alguna vez se escribiera la historia del *dandysmo*, haciéndola extensiva á todos los países del mundo, no podría omitirse la personalidad de Roberto de las Carreras, cuyo aventajado discípulo, Aurelio del Hebrón, quizás le ha superado mucho en el arte difícil y peligroso del inmortal Brummell.

Una noche, mejor, una madrugada, cuando volvía de un paseo por la orilla del mar en ese Montevideo que tantos buenos recuerdos guarda para mí, tropecé con la elegancia, la impertinencia y el talento de Aurelio del Hebrón. El pulido, con blanduras de serpiente en la palabra, con caricias sádicas en la voz, esgrimiendo la frase como un florete de salón, pero no menos peligrosa por eso... y yo tosco, con asperezas de guerrero, con mordiscos en la voz, esgrimiendo la frase como se empuña un hacha, entablamos el más original de los duelos. Concluyó el torneo estrechándonos las manos y al otro día, para afianzar más nuestra amistad, nos citamos en el Tupí Nambá, el Fornos montevideano; y allí me leyó sus cosas, y allí le leí las mías.

De aquella entrevista salí convencido de que Aurelio del Hebrón era un poeta de hierro encerrado en el casi femenino cuerpo de un *dandy*. Su poema: «El alma de la roca» es algo original, único; el estilo, completamente propio, envuelve en este trabajo, con sutiles gasas sonoras, un sentimentalismo elevado y un pensamiento valiente; sin una aspereza, sin una nota falsa, y sin esa monotonía de la prosa vargasviliana, todo el grandioso poema se desarrolla con naturalidad elocuente.

Cuando abandonó su castillo de orgullo desde donde se entretenía en lanzar flechas envenenadas, publicó en la revista *Apolo*, tres ó cuatro comedias en un acto que le hicieron conocer como hábil manejador del diálogo y original buscador de asuntos. «La hiperbórea», que es la que más agradable impresión me hizo, es un rotundo mentís á la tan cacareada «voz de la sangre» y al mismo tiempo una incitación á vivir á la carrera, á embriagarse en el placer; esto, sin duda, es hijo de la influencia que las obras francesas contemporáneas ejercen sobre la joven mentalidad americana.

Cuando el «Conservatorio Labardén» abrió el concurso dramático que tanto ruido hizo en las repúblicas del Plata, Aurelio del Hebrón se presentó con una obra atrevidísima que tuvo que defender por la prensa de los ataques de que le hacían blanco los moralistas de moda, gente timorata como las solteronas, que creyeron ver en su obra una escandalosa teoría.

Además de algunas hermosas poesías publicadas en diarios uruguayos, del Hebrón acaba de dar á luz un *bouquet* de sonetos bajo el título de «*Domus Aurea*». No me ocupé de él antes, porque el elegante y raro tomo me lo regaló una noche antes de embarcarme para el viejo mundo, y, ahora que pretendo hacerlo, no sé verdaderamente qué decir, tal es la fascinación que me causan esos sonetos extraños, bárbaros á pesar de su exterior dorado, sensuales á pesar de la frialdad con que su creador les envuelve. Desprendido el broche que es una «Loa al soneto», esa sarta de perlas tornasoladas como la superficialidad femenina, ó negras, hermosamente negras como el misterio de la muerte, empieza con «Astarthé» y termina con «El Pan de cada día», catorce sonetos, cada uno de los cuales es un bote de oro que encierra un alma loca, un alma infantil ó un alma bárbara.

En «Sísifo» hay un grito:

¡Alma mía! No puedes ya vivir sin tu carga.
¿Qué harías, bajo el cielo, sin esa piedra amarga?...
¡Ese dolor es toda la razón de tu vida!...

«A un puñal»... tiene angustias:

¡Hierática presea!... ¡Rayo de los vestiglos!
Está clamando sangre tu sed de cuatro siglos...
Serán hartas tus ansias cuando en un pecho intimen...

Me fascina tu brillo: y mirándote, siento
la atracción homicida de tu destino cruento...
¡Y sé que tu belleza me llevará hasta el crimen!

Luego, «Amor peregrino», que tiene algo del revolotear de las mariposas, «Una voz»..., en la que hay la afirmación de que:

«Lo que el mundo reclama es una gran mentira»... «Evohé» y todos los demás con excepción de «La Aurora de los Idolos» que lo encuentro un tanto forzado, «El Galileo triste» que tiene algo de desgarró y «Stella vespertina» bastante duro, son verdaderas joyas prolijamente talladas pero que tienen piedras de luces criminales.

Anuncia «La bestia divina».

VICENTE MARTINEZ CUITIÑO

Ser poeta, tener veinte años, vivir en Buenos Aires y no ser concurrente al *Café de los Inmortales*, es algo imposible de creer. Martínez Cuitiño, pues, poeta uruguayo, joven, habitante de la gran capital argentina, era un infaltable contertulio del célebre café bonaerense. Se murmuraba á la sordina de que sus facultades mentales no estaban muy bien equilibradas y su aspecto exterior muchas veces fortalecía las murmuraciones, pues entraba tropezando con mesas, bastones y piernas, para instalarse en el rincón más obscuro de la sala, siempre solo ó con la compañía de periódicos y libros.

Se sabía que era poeta, que tenía talento, pero ninguno de los concurrentes había leído jamás algo de él.

Un día se corrió la voz de que Martínez Cuitiño publicaba un libro de poesías. Bautista Fueyo, el editor sociológico del Paseo de Julio, era el encargado de los originales, y como ya sobre el poeta se decía que sus ideas se aproximaban mucho á las de Kropotkine, no se dudó más y se agregó su nombre en la larga lista de los poetas revolucionarios que cada día la prolongaban.

Rapsodias paganas apareció. *Rapsodias paganas* era el libro de un rebelde, de un espíritu amplio, de un alma grande y de un corazón generoso.

Por algo que no llego á explicarme nunca, aunque el hecho tendrá su explicación, algunos libros nuevos parecen condenados desde su nacimiento á empolvase en los estantes de las librerías. Esto ha pasado con el tomo de versos de Vicente Martínez Cuitiño.

Fuera del círculo trasnochador del café de la calle Corrientes, *Rapsodias paganas* pasó silencioso. Los diarios no hicieron más que dar una nota de registro civil: «Acaba de aparecer un tomo de poesías, titulado... por Fulano», como darían la noticia del nacimiento del hijo del zapatero de la esquina. A pesar de todo, el libro es bueno, el editor es conocido y el autor está relacionado con el periodismo de Buenos Aires, pero el hecho podría

explicarse si se admite la posibilidad de un temor por parte de los servidores del público.

Rapsodias paganas es un libro de catorce poemas grandilocuentes, ampulosos, llenos de odio, llenos de rabia, donde hay rimas mordidas, consonantes afiladas como hojas de dagas, estrofas empapadas en bilis, destilando hiel...

En «El trovador», portada del libro, hay un consejo que elocuentiza á todos los versos siguientes:

¡Trovador que has pulsado la lira
con dolor y congoja en el alma,
bardo airado que pisas la cumbre
mostrando á los hombres tu estrella nefaria,
trovador que has sufrido del vulgo
la brutal y la vil mogiganga:
nunca muestres tu espíritu amable,
maniobra lo poco que tengas de garra!
... ..

¡Desarrolla tu crudo sarcasmo,
cual crepita rabiosa la fragua,
no desoigas la voz egoísta,
remueve tus penas y anima tus ansias,
y cual fera inflexible y hambrienta
que destroza su presa con saña,
cada vez que tropieces con necios
bautiza sus rangos con la bofetada!

Se descubre en toda esta poesía una reacción humana, saludable, acaso causada por los desengaños que todo revolucionario joven y soñador sufre al ponerse en contacto con las muchedumbres por las cuales piensa esgrimir su lira como piqueta. Por esto, tal vez, pregunta:

¿Por qué truecas tu amor á lo grande
por el raro pudor de la lástima?
¿Por qué asciendes á tantos calvarios
llevando á tus hombros tan mísera carga?
¿Y perdonas al bajo gusano,
y no pisas las serpientes aciagas,
y no vas al Tabor con un mundo
de altivas ideas y olímpicas hachas?

Y finaliza el poema con un desafío y una presentación de sí mismo, que es quizás una petulancia rabiosa:

¡Colosal ventisquero siniestro,
huracán pregonero de rabias,
tempestad de las agrias envidias,
simún implacable de iras humanas;
conflagrad vuestra furia enconosa,
descargad injusticias insanas,
que aquí está el trovador, el poeta,
sin vicios, ni humores, ni pestes, ni manchas!

«Hacia el martirio», el segundo poema, es la evocación de una caravana siniestra y lastimosa que marcha á morir; es el desfile de todos los *ex hombres*, como les llama Gorki, camino de la extinción, víctimas de lo nuevo que empuja y arrolla.

«Evocaciones armónicas», «El aria de una fosa», «A un amigo», «¡Vida!», «La madre», «Primavera», «Sonata», «La noche», «Canción de los blasfemos», «Canto de dolor», «Silencio» y «Desde mi noche», son otros tantos poemas llenos de vigor, algunos retorcidos por un dolor muy hondo, húmedos de lágrimas ó ásperos como el camino de las cumbres.

En todo el libro vibra un alma indignada que se queja á veces, que grita siempre y que blasfema; sobre toda esta inarmónica algarabía, tiende un tul gris, la tristeza, el pesimismo ó el desaliento.

Ultimamente dió al teatro una obra tan valiente como sus versos, *El derrumbe*, estrenada en el Marconi con éxito brillante, pues consiguió romper el mutismo de esa prensa que había respondido con el silencio á sus briosas *Rapsodias paganas*.

HUGO D. BARBAGELATA

No solamente líricos produce la América española; aquí y allá, raras todavía pero llenas de vitalidad, surgen en el tupido follaje de las flores bellas, los manzanos de la sabiduría, las trepadoras de la erudición ó el austero árbol de la crítica coronado de rosas y erizado de púas. Parece que ello coincide con la cristalización de nuestra personalidad. Primero surgieron los críticos, luego los críticos... ahora parece que empiezan á ver la luz los investigadores.

Hugo D. Barbagelata, un muchacho de veinte y tantos años, es de los que acaban de nacer. Su libro «Páginas americanas» (ensayos de literatura é historia), nos prueba que tiene inmejorables dotes de historiador y de crítico; de verdadero historiador, sobre todo, sin estrechos patriotismos, sin procurar inclinar la benevolencia del lector hacia éste ó aquel lado, con una admirable paciencia para el trabajo, con un criterio de perspectiva sereno y enamorado de su obra.

Hasta ahora, la Historia Americana no era más que una serie de embustes, disfraces, parches, velos, cortaduras y exclamaciones sin más objeto que el de amoldar una verdad á una conveniencia. El mismo Mitre peca muchas veces, cegado por su patriotismo. Los que mejor nos desenterraron el pasado fueron los extranjeros, especialmente los alemanes. Los archivos, las bibliotecas, los libros, los papeles familiares, jamás dijeron una palabra á nuestros historiadores, que se redujeron siempre á repetir lo que otros anteriores ya habían dicho, conformándose con alterar el número de los combatientes, variar las horas de los combates, rectificar las fechas ó contarnos anécdotas más ó menos reales. No hemos tenido verdadera curiosidad por el pasado. Líricos desde la cuna, sin saber lo que fuimos para deducir lo que seremos, cantábamos al porvenir con los ojos cerrados.

Barbagelata no es de los que pretenden una reputación para satisfacer su vanidad; él siente enorme esa curiosidad del mañana, pero como no es lírico á la ma-

nera de los otros, ha vuelto la cabeza y se ha dicho: —Veamos primero lo que fuimos ayer.—Y tiene razón.

Yo lo he encontrado en su modesta *chambre* de estudiante, rodeado de viejos y amarillos libretos, de documentos ilegibles, de cuadernos embrollados, de notas confusas, de indicaciones... ¡Un trabajo para una paciencia de fakir! Pero es así como él ha desenterrado valiosas verdades, nos ha reconstruído trozos de épocas lejanas, personalidades caídas en el olvido, figuras históricas mal comprendidas y peor interpretadas. Verdadero arqueólogo del tiempo, ha unido las junturas imperfectas con argamasa propia sin pretender disimular la reconstitución con fines lucrativos; no ha presentado sabias imitaciones para saciar curiosidades infantiles, y prefiere siempre desilusionarnos á engañarnos.

En esta meritoria labor, sé bien que recogerá más disgustos que satisfacciones; primero porque, no como muchos, se ocupa de América y se olvida de Europa, bien espulgada ya por sus mismos historiadores; segundo, porque derrumba las heroicas leyendas, desnuda á los ídolos y nos muestra á los hombres... (Esto, naturalmente, no se lo perdonarán las personas patriotas que en cada Juan Moreira galoneado se empeñan en ver un Napoleón ó por lo menos un Kuroki).

Como la mayoría de los que presento en este volumen, Hugo D. Barbagelata es un ardiente partidario de la unión latinoamericana, y cuando sus estudios é investigaciones se lo permiten, no deja de quemar su cartucho por el porvenir de nuestras tierras.

...Todo lo cual no obsta para que el mejor día encontréis entre sus papeles perfumados de edad, la gasa de un cuello femenino perfumado de juventud y de amor.

PEREZ Y CURIS

Aparece en Montevideo, desde hace algunos años, una revista de arte y sociología que, por la espléndida presentación, lo selecto de su material y la seriedad con que trata todos los asuntos artísticos, ocupa un buen puesto entre sus similes de la América latina. Cátedra de Arte y Ciencia, es *Apolo* una revista que se ha impuesto á pesar de la soledad en que encastilla su director, Pérez y Curis, un espíritu tenaz, una voluntad de hierro, un cerebro bien aprovisionado. Rodeado de un grupo de amigos que con él sostienen el buen nombre de la revista, apoyado desde lejos por escritores de la valía de Manuel Ugarte, Gómez Carrillo, Vargas Vila, Felipe Trigo y muchos otros, secundado eficazmente en sus tareas literarias por un exquisito cerebro femenino: Flor del Lacio, su compañera del corazón, este joven poeta uruguayo ha conquistado entre sus compatriotas una popularidad á fuerza de constancia y de lucha y entre la intelectualidad extranjera un nombre sólidamente cimentado.

Ha publicado ya «La Canción de las Crisálidas», «El Poema de la Carne», y «Eliotropo», versos, y «Rosa Ignea», que ha sido reeditado últimamente, pequeño volumen de cuentos sentimentales.

En el primer libro, y á través de la dorada malla de los versos, vense los gestos y palpita la carne con esa especie de sibaritismo sensual que caracteriza á Vargas Vila, cuyas obras han ejercido y ejercen una influencia poderosa en las mentes juveniles de América. En «Eliotropos», Pérez y Curis se muestra más personal á pesar del culto hacia su *Maestro* que persiste. «Rosa Ignea» es un puñado de cuentos delicados, bien hechos, con algunas tesis atrevidas que dan una pálida idea de la mentalidad filosófica de Pérez y Curis, en muchos casos probada; en ellos lo más hermoso son las descripciones, verdaderas obras de escenógrafo.

La poesía de Pérez y Curis no tiene ya los ardorosos transportes de que hiciera gala en su primer libro, no

se quiebra en gestos arrogantes, no se precipita desde las cumbres; ahora su poesía tiene un alma helada y gris como un atardecer de otoño, sus galanterías tienen rigideces de cumplidos y sus apasionamientos algo de enfermizos. Su prosa, en cambio, ha ganado mucho en flexibilidad, en profundización y en ímpetu combativo; ya no es el simple narrador ameno, ahora parece palpitar él mismo en sus personajes, vivir en las escenas... En la crítica literaria se distingue por su espíritu de justicia, sus conocimientos en materia de arte, su sinceridad sin indirectas agresivas.

Pérez y Curis vive retirado en su hogar, lejos de las camaraderías que incuban odios y favoritismos, trabaja para su *Apolo* como una madre amantísima para su hijo, al lado de su Flor del Lacio, que es una discreta crítica literaria, y en medio de sus papeles. Ha sido uno de los que han contribuido más á la fraternidad intelectual de los hispanoamericanos y al acercamiento de nosotros con los intelectuales de la Madre Patria.

Prepara varias obras, entre ellas «Por jardines ajenos», una recopilación de juicios críticos sobre obras de conocidos escritores contemporáneos de España y América, una novela y dos libros de poesías (1).

Pérez y Curis ocupa, á pesar de la indiferencia del público y el vacío que le han hecho muchos intelectuales de su país, su lugar entre la juventud intelectual de Sur América, puesto conquistado, como he dicho, á fuerza de voluntad y de perseverancia verdaderamente admirables.

(1) «Por jardines ajenos» ya apareció y de él me ocupé en la sección bibliográfica de *Mundial*.